

***El Dr. T y las mujeres (Dr. T and the women)***  
Complacencias

*Francisco Javier Gómez Tarín*

La prolífica filmografía de Robert Altman nos brinda este nuevo título, que ha llegado puntualmente a nuestras pantallas y que –hay que decirlo de entrada- nos parece una clara complacencia en su obra previa, tanto por algunos de los referentes como por la insistencia en un estilo que algunos ya han bautizado con su nombre. Desde el plantel de actores y actrices de primera fila, pasando por la brillantez de la puesta en escena y llegando incluso hasta el “inesperado” final, la sensación de *dejà vu* no nos abandona.

Una vez más, la coralidad es protagonista, comenzando por el magnífico plano inicial sobre el que se superponen los títulos de crédito y que presenta solamente mujeres en la consulta del ginecólogo. Pero ese mismo plano nos puede servir de anclaje para intuir el abismo que separa este filme de obras anteriores de la relevancia de *The Player / El juego de Hollywood* o *Vidas cruzadas*. Sencillamente, ni punto de comparación. Desde la violenta acidez de los filmes citados a la edulcorada del que nos ocupa, hay una distancia insalvable. Y, sin embargo, la fuerza expresiva de Altman consigue que veamos con agrado el relato de una historia en apariencia insignificante en que un hombre tejano vive rodeado de mujeres cuyos problemas le repercuten y le superan, llevándole a la huída más irracional.

En esta ocasión, el protagonista es menos colectivo que en otros filmes del mismo autor; Richard Gere centra en gran medida el desarrollo de la acción, pero resulta más bien un eje, un hilo conductor, puesto que lo que realmente le importa a Altman es el “retrato” de una sociedad caótica, dominada por la imposible búsqueda de la felicidad de unas mujeres que sólo desprendiéndose de sus prejuicios podrían encontrar el escape a sus insulsas y acomodadas vidas. Esa vía de escape parece reducirse a las confidencias en la consulta del ginecólogo, donde todas sus vivencias, sus necesidades y sus frustraciones, fluyen verbalmente.

Socialmente insípida, la vida de esos seres “económicamente afortunados”, parece no tener escapatoria; únicamente la esposa, despojándose de toda conexión con su mundo de saturación y abandonándose al tratamiento psiquiátrico (¿enloqueciendo?), y la hija, asumiendo su condición de homosexual, rompen el hilo que parchea los endeble cimientos de la sociedad del bienestar.

El doctor, desde su consulta, concentra el flujo de informaciones que el filme suministra al espectador, pero apenas parece implicado en ellas, hasta que sus convicciones, los esquemas de su mundo, se desmoronan. Los ecos de *Un día de boda* o de *Prêt-à-porter*, son evidentes, aunque también nos recuerdan algunos pasajes a *Magnolia*, pero el “tono” de alta comedia, con reminiscencias cukorianas, desvirtúa fuertemente cualquier lectura más crítica de la que la propia apariencia del filme pone en evidencia (ya lo hemos dicho, caracterizada por la contención y la suavidad de la enunciación).

La famosa “sorpresa” final –que no desvelaremos- no es tal, pese a que debemos reconocer que supone una ruptura con la linealidad general. Lo que sorprende es su inclusión en el filme, pero los resultados son ambiguos: ¿intenta Altman convertir en metáfora el conjunto de la narración o simplemente nos brinda un “recordatorio” de las condiciones de vida y de la esencia humana?. En ambos casos, filosofía y metafísica aparte, choca violentamente con el resto del discurso y no hay punto alguno de engarce que lo sustente; es más, desde una concepción retórica, la pobreza de la metáfora sería poco menos que “impresentable”.

En resumidas cuentas, un Altman menor, que se ve con agrado, pero que nos hace desear el retorno a sus piezas maestras. Eso sí, un Altman que es seguro ha disfrutado con el rodaje, teniendo a su propio cine, a su estilo, como referente. Ni más ni menos que complaciéndose en sí mismo. A estas alturas, y visto lo visto, creemos que está en su derecho.